

de que fuera una editorial zaragozana quien se brindara a publicarla (similitud con el anagrama político regional P.A.R.), nació de las sugerentes voluntades de diversos amigos —Azúa, Túa, Ozón, Amat— que reclamaban su derecho al goce estético. Autobiográfica, como toda primera novela, utiliza materiales procedentes del derribo de mi pasado, que así pasan a la posteridad, y se somete a una férrea dulcificación que no es más que un intento de no terminar antes de hora en presidio. Dejo para la crítica, si tiene a bien acercarse a su lectura, el descifrar tus interrogantes y sólo afirmar que sí soy amante de Piranesi y que el gambito de oscurecer para clarificar no entró, al menos conscientemente, en mis previsiones.

—*Poema en prosa, cuento, ¿qué son tus textos? ¿Qué porcentaje de unos y otros textos, en verso y en prosa, habría en el canon de tu obra?*

—Publiqué por encargo, en 2001, en una revista literaria andaluza, un texto que no pude reconocer como poema pero que tampoco gozaba de la sólida armazón que concede la prosa. Ahí quedó, y ahora, hará un par de meses, tropecé de nuevo con él y descubrí ¿alborozado? la música que subyacía y la sencilla posibilidad de su transformación en un poema descaradamente rimado. Soy un ser musical pensé; y así debe de ser ya que soy capaz de predecir las notas de cualquier composición desconocida y memorizo a la primera los cantos de los pájaros, lo que me da ventaja entre otros ornitólogos a la hora de identificar las especies del bosque.

—*Es muy relevante el uso que haces de las categorías narrativas, de la anécdota o la autonomía de los personajes, del papel del receptor, por ejemplo, dentro de algunos de tus textos. Es un funambulismo poco común y muy arriesgado. ¿Eres el equivalente narrativo de la metapoésía?*

—Quizá esa sea mi definitiva etiqueta y mi más satisfactorio oficio: ¡Metapoeta! Nadie que yo conozca ha sido estimulado ante una hoja en blanco de modo tan virulento como a mí me sucedía. ¿Automatismo? En gran medida. ¿Acierto en el uso de signos y significados? Sin lugar a duda. Hasta el tiempo del ordenador las correcciones fueron mínimas. Lo que salía se quedaba. Y los cambios de géneros, los señalamientos, tal como se gestaban en aquella ruidosa cabeza, se volcaban

sobre el papel. No iban dirigidos a nadie, formaban parte de la estructura rítmica del ¡poema!, venían de los campos profundos de la irreflexión y se unían con total naturalidad a los demás eslabones del discurso.

—*Concretamente, el motivo del crimen no parece tan relevante en tu obra como su formulación: en serie, sujeto a un ritmo que organiza tus textos casi como las estancias de un canto. ¿Hasta qué punto has incorporado el motivo del thriller a la nómina estrecha de lo lírico?*

—Spillane, Bogart, E. G. Robinson, *Capitán Ángel*, parte minúscula de una nómina excelsa que reverenciaba. Y luego la ética ambiental llevada a sus últimas consecuencias: la premonición del antinatalismo furibundo de James Lovelock. Sólo espero que las generaciones futuras vean en mí al filósofo que quiere dar cuenta de la muerte y no al bardo truculento y sombrío.

—*¿Es cierto que te planteaste escribir una vez un libro enteramente compuesto por citas? ¿Cuál era el espíritu de ese proyecto?*

—Amaba la cita, por su brevedad, por su concisión, por permitir la entrada de autores menores que a lo largo de toda su vida sólo brillaron en un verso, en una línea. La pasión me llevó pues a recuperar segundones, luego a verdaderos negados y, finalmente, a fabricarlos yo mismo. También pensé en un libro totalmente descompensado, donde el espacio que recogiera las citas superara ampliamente al que recogiera el texto canónico.

—*¿Cómo leíste la tradición? Por ejemplo, ¿qué te ofrecían el surrealismo, o bien, otras vanguardias? La iconoclastia con respecto a lo hispano, ¿era hastío o falta de exposición?*

—Sólo actuó el surrealismo. Recuerdo otros movimientos de aquí y de allá —postismo, lettrismo— a los que me asomé pero que carecían de fuerza. De hecho a lo largo de toda mi vida, desde la más tierna adolescencia, he abordado, por pura curiosidad, cualquier manifestación artística que apareciera en escena; y he de decir que casi ninguna me ha sorprendido. Porque de eso se trata, de ser sorprendido, de colmar la necesidad de asombrarse, y el surrealismo plástico participaba de ese

poder rompedor que tanto apreciaba. ¿Fui un anarquista de las artes? Es evidente que en la historia de la literatura española el espacio de la poesía denominada social se ha ido encogiendo.

—*Vas a publicar una novela y se prepara al menos una antología de tu obra, ¿estás listo para acompañar esa propuesta textual de un discurso positivo; se atreve Ferrer Lerín a dinamitar el mito F. L.?*

—No sé qué sea un discurso positivo pero va a ser difícil disociar en lo que me queda de vida al F.L. experto en necrofagia aviaria, jugador de póquer sintético y piloto de la contracultura, del Ferrer Lerín sólo literato y moderno luchador ante el nuevo *beibibum* y el papanatismo nacionalista...

—*Cónsul parece un libro distinto a los anteriores. Se escenifican idénticos motivos y obsesiones pero hay una elevación del tono, y no sólo del lirismo. ¿Puedes hablar de las circunstancias de su escritura y compararlo con los anteriores?*

—Ya he comentado que *Cónsul* es fruto de una selección de textos repudiados por los editores de *La hora oval* y de una poliantea posterior a la publicación de este libro. Quizá una mayor búsqueda de la eficacia y una menor complacencia (o simetría) estética le confieren a algunos de sus versos cierto aire icástico y menos solipsista. Cuando se gestó residía en Andalucía donde fui a impartir lingüística catalana y a culminar mi tesis en la universidad de Granada y acabé apaniaguando buitres en la subbética.

—*¿La naturaleza te salvó de la poesía?*

—Espléndida pregunta. Lo que sucede es que no tengo respuesta. Pero a lo mejor ya que dispongo de carisma, ese don gratuito que Dios concede a determinadas personas en beneficio de la comunidad, debería apartarme de los campos y ponerme bajo techado a escribir poemas o desopilantes historias.

—*Muchos de tus poemas tienen como título nombre de mujer. ¿Qué respuesta darías al interrogante de Yeats: «¿Se ceba más nuestra imaginación / en la mujer ganada o en la perdida?»?*

Eran tiempos de gran sexualidad. Daba a Pedro el parte todos los lunes a su pregunta en clave «Miller» acerca de los lances amorosos del fin de semana. La mujer perdida no contaba y de la ganada contaba el nombre y sus especialidades. En un vigoroso registro aparecen censadas las 200 mujeres más importantes de 1962 con filiación y alcance del encuentro. Se anunciaba mi pasión por la enumeración y por los bajos instintos, algo así como un híbrido entre la poesía del inventario del estirado Perse y el jocundo rótulo gongorino «A un poeta llamado Roa, que hizo un catálogo de muchas mujeres de amores». ¡Magnífica, la lujuria!

—*Poesía / literatura contemporánea: ¿qué lees, qué ves?*

—Reviso *Zelig*, *Manhattan* y *Delitos y faltas* de Woody Allen; leo *La casa de la vida* de Mario Praz y *De la mano de Artemia* de Aurora Egido. Lo más poético y contemporáneo: el repaso a las entradas zoológicas que conforman el bestiario que estoy concluyendo y que proceden de manuales del XVII al XIX.

—*Tradición hispanoamericana: ¿bebiste de esa agua?*

—No bebí de ella. Pero me admira la capacidad orgiástica de esas lenguas. Y no sólo de su uso literario sino del común y diario.

—*El diccionario es todos los libros. Pero también, ningún libro. A veces se te imagina leyéndolos, escribiendo mentalmente muchos de esos libros pero sin llegar a poner negro sobre blanco, sin llegar a escribirlos, como apabullado por la sobreabundancia, encerrado en un laberinto de posibilidades.*

—Nos gusta quien dice lo que a uno le gusta y si lo dice muy bien y en extenso como Jorge Luis Borges pues mejor que mejor. Ya ahora, es imposible saber si mi pasión por los diccionarios la potenció él o ya venía potenciada desde la cuna. La verdad es que en ellos está todo cuando disponemos no de uno sino de muchos, y qué placer gozar de cómo se dicen las verdades en los viejos glosarios y hasta qué extremos de erudición se llega en los corominas y dioscórides.

—*Tu lectura del paisaje parece otra forma de apabullamiento. Y esa restauración del elemento natural, por ejemplo, el pájaro, a su*

*condición previa al símbolo ubica tu obra en la encrucijada naturaleza-escritura: ¿hasta qué punto es posible o lícita una lectura moral del paisaje?*

—Esos bienintencionados eruditos a la violeta, tribu urbana de los sesenta, que repartían carroña desde el zoo de Barcelona hasta el Prepirineo de Lérida, fueron el germen de todos los movimientos españoles de protección a la naturaleza. Ahí estaba yo, al volante de un valiente cuatro latas, con los cristales tintados por los licores que se escapaban de la rellena funda de plástico colocada en la artesana baca. Sólo desde la distancia físicomental ciudadana era posible reinventar los montes y las bestias que los poblaban. Espiritual corriente que se fue ensuciando con las febriles proclamas regionalistas y la invención del territorio, la comarca y la diferencia. Sí, el pájaro es anterior al símbolo, nunca será el símbolo, es la representación de sí mismo, y de una arqueología todavía no comprensible en el caso de las grandes aves necrófagas. La literatura: escenarios medievales, campos de batalla tras la batalla, despojos, miasmas, merodeadores terrestres y aéreos a la búsqueda de fácil alimento.

—*No hemos hablado de póquer, ¿te has guardado alguna carta bajo la manga?*

—Atrabiliarios compadres sobre zurcidos tapetes y yo meditando un *hoax* genial mientras baraja el lego ingenio. Cuántas horas desperdiçadas, qué necesario acabar con ese negocio traidor en el que nunca guardé una carta, porque no necesitaba hacerlo: les tenía comida la moral con sólo sentarme; y ahora en los albores de una nueva era, mientras prometo mejorar los niveles de cordura, juro mantener exentas las mangas, los bolsillos y las vueltas de los pantalones, todo en régimen de claridad, no queda ya tiempo —ni tengo ya ánimos— para intentar aturdir al público con más jeroglíficos y mentiras. *Delenda est Carthago*.



Walking dresses. Draws by Armand Vallée [No. 119, 1913]